

OPCIÓN A

Texto A

«Evodio: Concedo que Dios ha dado al hombre la libertad. Pero dime: ¿no te parece que, habiéndonos sido dada para poder obrar bien, no debería tener la posibilidad de pecar? [...] Nadie podría servirse de la voluntad para pecar si ésta le hubiera sido dada para obrar bien. Agustín: [...] Pero deseo que me respondas a esta pregunta: ya que tienes por cierta y conocida la respuesta a mi primera demanda, a saber, que Dios nos ha dado una voluntad libre ¿debemos decir que Dios no hubiera debido darnos una cosa que confesamos haber recibido de Él? Si no es seguro que Él nos la haya dado, tenemos razón al preguntar si nos ha sido bien dada; cuando hayamos encontrado que nos ha sido bien dada encontraremos, por ello, que nos ha sido dada por Él, por quien le han sido dados todos los bienes a los hombres. Por el contrario, si encontramos que no ha sido bien dada comprenderemos que no es Él quien nos la ha dado, pues sería ilícito acusarlo de eso. Por otra parte, si es cierto que Él nos la ha dado nos veremos obligados a confesar, sea cual sea el modo en que la hayamos recibido, que, independientemente de cómo haya sido dada, debía ser otorgada y no de otro modo que como fue dada. La ha dado un ser cuya obra es absolutamente imposible de reprochar».

Agustín de Hipona, *Del libre arbitrio*, II-4

1. A. Identifique y explique la tesis principal defendida en el texto propuesto.

El presente fragmento pertenece al filósofo cristiano Agustín de Hipona (354–430 d.C.), figura clave en la filosofía patristica. En este pasaje, tomado del *De libero arbitrio*, Agustín dialoga con Evodio para reflexionar sobre la relación entre la libertad humana y la posibilidad del mal. Esta obra fue escrita en un momento en que el cristianismo buscaba integrar la fe con la razón heredada del pensamiento griego, especialmente de Platón y los neoplatónicos, como Plotino. Agustín de Hipona se enfrentó a una de las grandes cuestiones filosóficas y teológicas: si Dios es omnipotente y bondadoso, ¿por qué existe el mal? En este diálogo, intenta resolver esta

aparente contradicción sin negar ni la existencia de Dios ni la del mal, recurriendo al concepto de libre albedrío.

El tema central del texto es la libertad del ser humano y su relación con la existencia del mal. La tesis principal de Agustín es que Dios ha dado al ser humano la libertad, y que la existencia del pecado no implica que esta libertad haya sido mal otorgada.

Por influencia platónica, el texto tiene forma de diálogo entre Evodio y Agustín. Evodio plantea una objeción importante: si Dios nos dio la voluntad para obrar bien, ¿por qué tenemos la posibilidad de pecar? Esta pregunta expresa una inquietud moral y teológica legítima: ¿no sería más lógico que el ser humano, al ser creado para el bien, estuviera limitado a actuar siempre bien? Agustín responde con una estrategia lógica y teológica. Primero, insiste en que, si aceptamos que la libertad nos la ha dado Dios, no podemos sostener que fue mal dada, ya que Dios, como ser absolutamente perfecto y bueno, no puede hacer nada reprochable. En segundo lugar, Agustín sostiene que, si la libertad es un bien, entonces debe proceder de Dios. Y, por último, afirma que la libertad tenía que ser dada de la manera en que fue dada, porque así lo dispuso Dios, y su voluntad es incuestionable.

Agustín sostiene que la libertad es un don divino necesario para que el ser humano pueda obrar moralmente. Sin libertad, el bien carecería de valor, ya que sólo tendría sentido si el ser humano puede también elegir el mal. En este sentido, la posibilidad de pecar no es un defecto de la libertad, sino una condición necesaria para que exista la responsabilidad moral. Agustín ofrece en este texto una defensa racional y teológica del libre albedrío como un bien otorgado por Dios, incluso aunque implique la posibilidad del pecado. Su reflexión busca preservar tanto la bondad de Dios como la responsabilidad del ser humano. Este texto es una muestra de la profunda integración entre filosofía griega y fe cristiana que caracteriza a la filosofía patristica.

1. 2. A. Mediante un pequeño texto justificativo ponga en diálogo con algún otro autor, autora o corriente filosófica perteneciente a la misma o diferente época la cuestión discutida en el texto.

Este planteamiento tiene raíces en el pensamiento platónico: el mal no tiene existencia propia, sino que es ausencia del Bien, del mismo modo que lo feo es la ausencia de la Belleza. Así, cuando el ser humano peca, no está utilizando mal algo que le fue dado incorrectamente, sino que está apartándose del bien por decisión propia. El pensamiento de Agustín ha tenido una influencia enorme en la tradición cristiana y en la filosofía occidental. Su concepción del libre albedrío como fundamento de la responsabilidad moral será retomada más adelante por Tomás de Aquino y, en otra clave, por Descartes y Kant.

2. A. Exponga el problema de la realidad y/o el conocimiento en un autor, autora o corriente filosófica de la época antigua o medieval.

Ontología y epistemología en Platón

En el siglo VI a.C. la sociedad griega cambió profundamente como consecuencia del proceso de expansión colonial comenzada en el siglo VI a.C. La participación del pueblo en las guerras médicas les dio protagonismo político, especialmente en Atenas, impulsando la democracia y un auge cultura, pero su derrota en la guerra del Peloponeso marcó el inicio de su decadencia. Tras la imposición de la dictadura de los Treinta Tiranos y la posterior restauración democrática, la ciudad nunca recuperó su esplendor. El dominio de la oratoria se volvió esencial en la política, y los sofistas enseñaban estas habilidades. Sócrates y Platón criticaron su relativismo moral y sus efectos destructivos. Platón, desilusionado con la política ateniense, buscó una sociedad justa basada en normas universales. Así desarrolló su teoría de las Ideas, influido por los pitagóricos y la filosofía moral de Sócrates.

En la teoría de las Ideas se afirma la existencia independiente y absoluta de unas entidades inmateriales, inmutables y universales que constituyen la auténtica realidad. Si una persona es bella, es porque existe la idea de Belleza. La belleza de la persona, que captan los sentidos, puede cambiar, pero la idea de Belleza es inteligible y no varía.

Las Ideas constituyen un mundo perfecto, eterno e inmutable, que se encuentra jerarquizado. En su cúspide aparece la idea de Bien, que es a la vez causa y fin de las demás ideas; por eso, su conocimiento, que es propio de la razón, permite apreciar el orden de las cosas.. Esto solo está al alcance de unos pocos, los filósofos. De ahí la propuesta platónica de que sean ellos los que gobiernen.

El mundo sensible es modelado por el demiurgo queriendo imitar el mundo de las Ideas. Aunque la materia impide que se alcance la perfección, cuanto de racional hay en el mundo físico se debe a esa imitación del mundo inteligible.

Si la ciencia se ocupa de lo universal, los objetos de la ciencia no pueden ser otros que las Ideas, así aparece la doctrina del conocimiento como reminiscencia: el hombre es cuerpo y alma, y esta, que es inmortal, pertenece al mundo de las Ideas, a donde regresa cuando muere el cuerpo. Mientras permanece en el mundo de las Ideas, el alma conoce todo cuanto existe, pero al encarnarse en un cuerpo, olvida lo que sabe. Sin embargo, el contacto con las realidades físicas del mundo sensible hace que recuerde y comience de nuevo su aprendizaje. Este aprendizaje se gradúa en dos niveles: la opinión (*doxa*) y la ciencia (*episteme*). La opinión no es un conocimiento estricto, sino una forma de creencia más o menos generalizada pero carente de fundamento. Tiene dos grados: la imaginación (*eikasia*) y la creencia (*pistis*), aunque ambas son propias del mundo sensible y están basadas en los sentidos, por ello no son conocimiento seguro. También hay dos grados de ciencia: el pensamiento discursivo (*dianoia*), que hace uso de lo sensible para alcanzar sus conclusiones, y la dialéctica (*noesis*), conocimiento de las Ideas dirigido por la razón, que representa la culminación de este proceso y la verdad absoluta.

3. A. Exponga el problema de la sociedad y/o la política en un autor, autora o corriente filosófica de la época moderna.

Política en Rousseau

Para Rousseau, el ser humano es bueno por naturaleza, pero se hace malo porque en sociedad degenera y se corrompe. El error de los ilustrados es creer que el progreso de la civilización y de la ciencia marcha paralelo al



progreso de la felicidad y la moralidad del hombre; más bien, ha sucedido lo contrario: el progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper las costumbres y la naturaleza humana, ha uniformizado a los hombres y deformado sus sentimientos naturales. En sociedad nadie se muestra tal como es. En las sociedades civilizadas, lo artificial ha sustituido a lo natural, y los rígidos convencionalismos ahogan la libertad. Son sociedades que distorsionan la naturaleza del hombre, encubriendo bajo una falsa máscara su verdadero ser.

El estado de naturaleza terminó cuando crecieron la población y las necesidades humanas, dando lugar a sociedades complejas y a la propiedad privada. Esto transformó el amor a sí mismo en amor propio, generando envidia, orgullo y desigualdad. Surgieron la ambición y la rivalidad, y con ellas, el Estado, creado por los poderosos para oprimir a los débiles, consolidando la injusticia y la esclavitud. Las ciencias y las artes domesticaron al ser humano, alejándolo de su naturaleza mediante la razón y la educación. Solo el sentimiento moral, presente en la conciencia, le recuerda la libertad y bondad naturales que ha perdido y debe recuperar.

Para Rousseau, resulta ya imposible retornar a la situación de libertad y felicidad originarias, pero es posible recuperarla en parte suprimiendo las barreras que la sociedad y la educación han levantado. El primer paso para regresar a la naturaleza es la transformación del individuo mediante una educación natural, no represiva.

Rousseau propone un sistema ideal de educación basado en la ausencia de toda imposición externa, la libertad de acción para el niño y la primacía de la experiencia sobre la erudición: el niño debe aprender a vivir libremente, conviviendo en tolerancia con los demás seres humanos. Para conseguirlo, hay que liberarlo de los falsos prejuicios y de los conocimientos inútiles que le inculca la sociedad.

El segundo paso consiste en transformar la sociedad mediante un pacto que propicie y respete la libertad de los hombres y legitime el poder, despojándolo de su carácter arbitrario. Es necesario organizar una sociedad de manera que cada individuo, al asociarse a los demás, se una a todos, pero no se obedezca más que a sí mismo, quedando tan libre como antes.

Para lograr este objetivo, propone una forma de contrato que vincula a la comunidad con el individuo y, a la inversa, al individuo con la comunidad. Así, cada asociado se une a todos, y no a nadie en particular. Se trata de un contrato libre, que, aunque no permite recuperar por completo la libertad natural, si garantiza el máximo grado posible de libertad civil, en el marco de un Estado de derecho. Por el contrato social, el hombre se transforma en ciudadano.

El contrato social crea la voluntad general, que es colectiva, soberana e inalienable, y tiene como objetivo el bien común. Las leyes y el gobierno significan la puesta en ejercicio de la voluntad general; es decir, de la soberanía del pueblo o asamblea. El gobierno elegido ha de ocuparse de ejecutar las leyes que emanan de la voluntad general, de manera que si se opone a los designios de esta, puede ser sustituido

Rousseau establece una clara diferencia entre la voluntad general y la voluntad de todos, o de la mayoría, la voluntad general tiende al ideal, es decir, al bien común, mientras que la voluntad de todos no siempre lo hace. La democracia perfecta se da cuando ambas voluntades coinciden, aunque Rousseau considera que un gobierno estricta mente democrático es más propio de dioses que de hombres. En realidad, el legislador debe esforzarse por adaptar las leyes que emanan de la voluntad general a las características de cada pueblo concreto, lo que da lugar a diferentes formas de gobierno monarquía (para Estados grandes), aristocracia (para los medianos) y democracia, o Estado republicano, que Rousseau considera la mejor forma de gobierno, siempre que se asiente en un territorio pequeño, de manera que todos los ciudadanos puedan participar en la vida pública.

4. A. Exponga el problema de Dios en un autor, autora o corriente filosófica de la época contemporánea.

Dios en Nietzsche

La filosofía de Nietzsche hace de la vida la fuerza primigenia y el criterio de valor absoluto. Este vitalismo le lleva a criticar radicalmente la cultura occidental, que está en decadencia porque ha adoptado una actitud intelectual contraria a la vida.

Nietzsche comienza por una crítica a la filosofía: los griegos hicieron soportable el carácter terrible de la existencia (simbolizado por Dionisos), creando un bello mundo ilusorio de representaciones artísticas (simbolizado por Apolo). A su síntesis perfecta entre lo apolíneo y lo dionisiaco, es decir, entre razón y vida, unidas en un único mundo en constante devenir (Heráclito), le puso fin Sócrates, que inició un modelo de filosofía que potenciaba en exceso la razón. Platón acentuó ese error al inventar el mundo verdadero de las ideas, opuesto al mundo del devenir sensible, que desde entonces fue visto como engañoso», «aparente». Este error se produjo porque Platón consideró el lenguaje algo autónomo, como si los conceptos universales designa-sen seres superiores al mundo real y existentes por sí mismos, cuando en realidad tanto el lenguaje como la razón son instrumentos al servicio de la vida. De este culto a la gramática surgieron la metafísica y la ciencia, saberes vacíos, que han ahogado la espontaneidad de la vida bajo el peso de huecas abstracciones formales (el «ser», «lo uno», «la sustancias, etc.).

Finalmente, Nietzsche plantea una crítica a la religión: el cristianismo agudizó la escisión entre razón y vida al proyectar los valores en un Dios trascendente, frente al cual el hombre y la naturaleza son negados. Si la moral antigua era una moral de señores, donde bueno equivalía a noble, bello» o aristocrático, y malo» a «ruin», «débil», «vulgar o plebeyo, la religión cristiana, con su resentimiento hacia todo lo que es fuerte y elevado, invirtió estos valores, e impuso una moral de esclavos, basada en la obediencia, el sacrificio, la mansedumbre y el gregarismo. El último paso lo dio Kant, un cristiano alevoso, según Nietzsche, que aplastó la sensibilidad bajo su ética del deber, basada en una ley formal, abstracta.

Sin embargo, con la Ilustración y el avance de la ciencia, se produjo un acontecimiento trascendental: la muerte de Dios, que implica la pérdida del fundamento religioso sobre el que se sustentaba el sistema de valores de nuestra cultura. Con ello, aparece el nihilismo. La filosofía pesimista de Schopenhauer, la música wagneriana o los vacíos ídolos de nuestra época (el «Estado, el «progresos, etc.), en los que el hombre se esfuerza en vano por creer, son algunos de los síntomas de la debilidad, la desesperación y el hastío vital del hombre contemporáneo. Pero el nihilismo tiene también una



www.academianuevofuturo.com Teléfono: 914744569

C/ Fernando Poo 5 Madrid (Metro Delicias o Embajadores)

C/ Nuestra Señora de Guadalupe 19 Madrid (Metro Ventas o Diego de León)



vertiente positiva: si Dios ha muerto, el hombre puede ejercer ahora un papel creador. La superación del nihilismo requiere, pues, un cambio de modelo filosófico, desde la ciencia al arte: en el futuro, el ser humano deberá ser capaz de crear nuevos valores, como los artistas crean nuevas obras. Partiendo de este supuesto, Nietzsche elabora un pensamiento filosófico alternativo.

www.academianuevofuturo.com
Teléfono: 914744569

OPCIÓN B

Texto B

«Labor y trabajo, así como la acción, están también enraizados en la natalidad, ya que tienen la misión de proporcionar y preservar –prever y contar con– el constante flujo de nuevos llegados que nacen en el mundo como extraños. Sin embargo, de las tres, la acción mantiene la más estrecha relación con la condición humana de la natalidad; el nuevo comienzo inherente al nacimiento se deja sentir en el mundo sólo porque el recién llegado posee la capacidad de empezar algo nuevo, es decir, de actuar. En este sentido de iniciativa, un elemento de acción, y por lo tanto de natalidad, es inherente a todas las actividades humanas. Más aún, ya que la acción es la actividad política por excelencia, la natalidad, y no la mortalidad, puede ser la categoría central del pensamiento político diferenciado del metafísico».

H. Arendt, *La condición humana*, cap. 1

Preguntas

1. B. Identifique y explique la tesis principal defendida en el texto propuesto.

En este texto, Hannah Arendt, una de las pensadoras más influyentes del siglo XX, reflexiona sobre el vínculo entre las actividades humanas fundamentales, labor, trabajo y acción, y la condición humana de la natalidad, es decir, el hecho de que los seres humanos nacemos y llegamos al mundo como nuevos. Esta idea, aparentemente biológica, se convierte en el eje de una profunda reflexión política y filosófica.

Arendt distingue tres tipos de actividad humana: labor, que se refiere a las tareas necesarias para mantener la vida, como alimentarse o cuidar el cuerpo, trabajo, que produce objetos duraderos y transforma el mundo, y acción, que es la única de las tres que ocurre directamente entre los seres humanos, en el espacio público, y que se relaciona con la libertad, la iniciativa y la pluralidad.

El punto central del texto es que la acción está directamente enraizada en la natalidad, es decir, en el hecho de que cada persona que nace es un ser nuevo, con la capacidad de iniciar algo inesperado. Arendt dice que la acción es la manifestación concreta del poder de comenzar, de introducir novedad

en el mundo. Mientras que la filosofía clásica como la de Platón o Aristóteles solía centrarse en la mortalidad y en la búsqueda de lo eterno o lo inmutable, Arendt propone una filosofía centrada en el nacimiento, en la capacidad humana de cambiar el mundo a través de la acción. Además, sostiene que esta capacidad no es sólo individual, sino también política. La política, en su concepción, no es simplemente el ejercicio del poder, sino el ámbito en el que los seres humanos se muestran unos a otros como únicos, libres e iguales, a través de sus palabras y actos. Por eso, la acción es la actividad política por excelencia, porque revela la identidad del individuo y permite la creación de algo nuevo en el mundo común. Esto contrasta fuertemente con visiones deterministas o tecnocráticas de la política, donde todo está previsto y calculado. Arendt nos recuerda que la política auténtica requiere apertura, riesgo e iniciativa, características propias de quienes actúan en libertad. En este sentido, defiende que el pensamiento político no debe centrarse tanto en la muerte (como hacen muchas religiones o filosofías tradicionales), sino en el nacimiento: en la posibilidad siempre renovada de empezar algo nuevo gracias a la aparición de nuevos seres humanos.

Este pensamiento también tiene implicaciones para la educación, la ética y la sociedad. Educar no es simplemente transmitir conocimientos, sino preparar a los nuevos para actuar en el mundo. Éticamente, implica respetar la libertad del otro como alguien capaz de iniciar algo propio. Socialmente, significa construir instituciones que no asfixien la iniciativa individual, sino que la acojan y le den espacio.

En lugar de vernos determinados por la muerte, propone comprendernos desde el nacimiento: cada ser humano, por el simple hecho de nacer, trae consigo la posibilidad de comenzar algo nuevo. En un mundo en crisis, esta idea resulta profundamente política, ética y transformadora.

1. 2. B Mediante un pequeño texto justificativo ponga en diálogo con algún otro autor, autora o corriente filosófica perteneciente a la misma o diferente época la cuestión discutida en el texto.

Hannah Arendt se distancia de Platón en su forma de entender la política y la condición humana. Mientras Arendt sitúa la natalidad y la acción como el centro del pensamiento político, Platón fundamenta su filosofía en la búsqueda de lo eterno e inmutable, especialmente en el mundo de las Ideas. Para Platón, el mundo sensible es imperfecto y cambiante, por lo que la política debe guiarse por el conocimiento del Bien, reservado a los filósofos. De ahí que proponga una política más jerárquica y racionalista, donde la acción individual queda subordinada al orden ideal. Arendt, en cambio, reivindica el carácter imprevisible y plural de la acción humana, defendiendo un espacio político donde todos puedan participar y mostrarse como seres únicos. Así, frente al modelo platónico de una verdad eterna impuesta desde arriba, Arendt propone una política abierta a la novedad, fundada en el diálogo, la libertad y la capacidad de los individuos para iniciar algo nuevo. Donde Platón teme el desorden del cambio, Arendt ve la esperanza del renacimiento político.

2. B. Exponga el problema de la sociedad y/o la política en un autor, autora o corriente filosófica de la época antigua o medieval.

Política en Tomás de Aquino

Tomás de Aquino vivió en el siglo XIII, y entre sus obras destacan *Suma contra los gentiles* y *Suma Teológica*. La época en la que vivió está caracterizada por el despertar de Europa tras los siglos oscuros de la Alta Edad Media. Políticamente, comenzaron a consolidarse las grandes monarquías europeas y se planteó la idea de una cristiandad universal, que dio lugar a un grave enfrentamiento entre el imperio y el papado por la hegemonía. En el ámbito religioso se fundaron, a principios del siglo XIII, las órdenes mendicantes: franciscanos y dominicos, a la que pertenecía perteneció Tomás. Sus miembros ocuparon la mayor parte de las cátedras de las primeras universidades europeas, entre las que destacaban las de Oxford y París, donde Tomás de Aquino ejerció como profesor. Las enseñanzas impartidas en ellas se basaban en el comentario y la discusión de los textos de diversas autoridades filosóficas, jurídicas, médicas o religiosas, como Aristóteles, Avicena, de la Biblia o de los escritos de los Padres de la Iglesia.

La ética de Tomás de Aquino es teleológica: nuestros actos tienden a un fin último que aparece como un bien deseable, la felicidad, que se adquiere mediante el ejercicio del alma racional. Puesto que Dios es el bien supremo, y el conocimiento de Dios, el más elevado al que puede aspirar el hombre, una vida dedicada a la búsqueda y al conocimiento de Dios será la más perfecta y feliz para el ser humano.

Dios gobierna el mundo mediante la ley eterna, de la que participan las criaturas mediante la ley natural, que las dota de una naturaleza propia y de unas inclinaciones específicas. El hombre actúa correctamente cuando sigue la ley natural que le dicta su razón. La ley natural es, pues, el hábito de la razón práctica, su forma de actuar habitualmente, que se encuentra de forma universal, invariable e indeleble en la razón. Su primer precepto es: «Ha de hacerse el bien y evitarse el mal. Esta es la norma básica que establece el criterio de moralidad al que deben atenerse los actos humanos y a la que se reducen todos los demás preceptos relacionados con las tendencias naturales del hombre. En este sentido, la ley natural, por ser un mandato único, se parece a los principios de la lógica, lo que le permite a Santo Tomás establecer un paralelismo entre razón teórica y razón práctica.

En cuanto a su teoría política, Aquino considera que el hombre es naturalmente sociable, y que la perfección de la vida humana solo es posible en sociedad. Igual que todo poder deriva de Dios, la ley positiva debe derivarse de la ley natural y buscar el bien común. De este modo, el orden político debe subordinarse al orden moral, y este, al orden divino. Cuando la ley positiva y la autoridad respetan la ley natural, son legítimas; en caso contrario, son injustas y es lícito resistirse a ellas.

3. B. Exponga el problema del ser humano en un autor, autora o corriente filosófica de la época moderna.

Antropología en Rousseau

Rousseau pertenece a la Ilustración, movimiento intelectual que alcanzó su máxima difusión en el siglo XVI y que culmina con la Revolución Francesa en 1789. La Ilustración no fue solo un movimiento filosófico, pues también tuvo repercusiones en los terrenos de la política, la literatura, el arte o la

religión. Su principal objetivo fue difundir las luces de la razón frente al dogmatismo, la superstición o el fanatismo. Por este motivo, el siglo XVI recibe el nombre genérico de Siglo de la razón.

A pesar de esta nueva situación social, el sistema político vigente en la mayoría de las naciones europeas era el despotismo ilustrado, forma de gobierno en la que los monarcas aplicaban las reformas propugnadas por la Ilustración sin contar con la participación popular. En religión, los ilustrados defendieron el deísmo: creían en la existencia de Dios, pero no aceptaban las instituciones religiosas, sosteniendo una religión natural. En el ámbito de la doctrina política, Montesquieu propuso su teoría de la separación de poderes, al tiempo que por Europa se difundieron las concepciones contractualistas sobre el origen de la sociedad, formuladas por los Hobbes y Locke.

Para Rousseau, el ser humano es bueno por naturaleza, pero se hace malo porque en sociedad degenera y se corrompe. El error de los ilustrados es creer que el progreso de la civilización y de la ciencia marcha paralelo al progreso de la felicidad y la moralidad del hombre, más bien, ha sucedido lo contrario: el progreso de las ciencias y las artes ha contribuido a corromper las costumbres y la naturaleza humana, ha uniformizado a los hombres y deformado sus sentimientos naturales.

En sociedad nadie se muestra tal como es. En las sociedades civilizadas, lo artificial ha sustituido a lo natural, y los rígidos convencionalismos ahogan la libertad. Son sociedades que distorsionan la naturaleza del hombre, encubriendo bajo una falsa máscara su verdadero ser.

En el estado de naturaleza, anterior a la vida social, los seres humanos eran pocos y vagaban libremente por la naturaleza, que les ofrecía cuanto podían necesitar. El hombre natural, el *buen salvaje*, se caracterizaba por su inocencia, igualdad y libertad, y por sentimientos como el amor de sí mismo, que lo impulsaba a conservar la vida, y la piedad, que lo llevaba a compadecerse de sus semejantes y colaborar con ellos. El fin del estado de naturaleza se produjo cuando, al aumentar la población y crecer las necesidades, los seres humanos comenzaron a formar sociedades más complejas. En ellas, se instituyó la propiedad privada, que provocó la transformación del amor a sí mismo en amor propio, una pasión artificial

que lleva a los hombres a compararse con los demás y a desear ser los primeros en todo, con lo que se fomentan la envidia y el orgullo. Surgieron así la ambición, la rivalidad económica y la desigualdad social.

Las relaciones del ser humano con la naturaleza fueron sustituidas por el dominio de unos individuos sobre otros, apareciendo el Estado, que, creado por los más poderosos para dominar a los débiles, impone la injusticia y la esclavitud.

Las ciencias y las artes terminan por domesticar al ser humano, usando los artificios y sutilezas de la razón, y mediante la educación eliminan cualquier resto de naturalidad en su comportamiento. Solo el sentimiento moral, que permanece en el fondo del corazón humano y nos habla a través de la conciencia, le recuerda al hombre la libertad y la bondad naturales que ha perdido y que debe tratar de recuperar.

4. B. Exponga el problema de la realidad y/o el conocimiento en un autor, autora o corriente filosófica de la época contemporánea.

Ontología y epistemología en Ortega y Gasset

Durante la vida de José Ortega y Gasset (1883-1955) se sucedieron en España las más diversas formas políticas: la monarquía de Alfonso XIII, la dictadura del general Primo de Rivera, la Segunda República (1931), la Guerra Civil (1936-1939) y la dictadura de Franco.

Desde los inicios del siglo XX, la ciencia experimenta una revolución en diversos campos (física, biología, genética, etc.). Sin embargo, aunque la ciencia se convierte en un elemento imprescindible de la civilización, su poder destructor es mayor que nunca.

En filosofía, en paralelo con la ciencia, tiene lugar otra revolución, que va a producir importantes novedades en el pensamiento. En su evolución, estas novedades complican extraordinariamente el panorama de la filosofía, que va a ser más heterogéneo que nunca. Por su vínculo con el pensamiento de Ortega se deben destacar el neokantismo, el historicismo, la fenomenología y el pensamiento de Heidegger.

Ortega concibe la filosofía ocupándose no de lo concreto individual, sino de la totalidad, de todo cuanto hay en el universo, sea real o irreal. La pantonomía es el empeño intelectual hacia ese todo, cuya misma existencia es una incógnita, puesto que lo que nos es dado es lo concreto, y es lo que diferencia la filosofía de la ciencia, que delimita previamente los objetos de los que se ocupa.

A su vez, el filósofo está sometido a un imperativo de autonomía, esto es, renuncia a apoyarse en nada anterior a la filosofía que se vaya elaborando, sin suposiciones, tratando de ir más allá de lo dado y sus apariencias. Tanto la autonomía como la búsqueda de lo universal deben estar basadas en la claridad, pues la filosofía, a diferencia del misticismo, que opta por el éxtasis y lo incommunicable, es conocimiento teórico, que hace uso de conceptos y busca la transparencia.

Esta concepción de la filosofía convive en Ortega con la convicción de que las dos tradiciones dominantes en la historia de la filosofía, el realismo y el idealismo, se conforman con medias verdades: las cosas, incluido el ser humano, no son algo fijo e inmutable, la sustancia independiente del realismo; a su vez, la conciencia, las ideas, no están aisladas, implican siempre un pensar en algo, las cosas. Así pues, la realidad no es la naturaleza ni la conciencia, es la relación entre un sujeto y su mundo; o lo que es lo mismo, la realidad radical, la que es anterior y fundante de cualquier otra, es la vida humana, a la que están subordinadas tanto las cosas como las ideas.

La vida a la que alude Ortega no es un término biológico, sino biográfico: supone que un yo tiene que vivir en una determinada circunstancia, no como algo fijo, sino atendiendo a su entorno.

El yo y la circunstancia son las dos dimensiones de la vida humana. El yo no es el yo pensante del idealismo, aislado del mundo real, sino que debe adquirir conciencia de sus circunstancias. Estas, a su vez, limitan el horizonte humano y le sirven de acceso al mundo. Por ello, hay en la circunstancia unos elementos, que la sociedad nos transmite, que



constituyen los supuestos de la vida humana, y que Ortega denomina creencias.

Frente a las creencias, están las ideas o pensamientos que tenemos sobre las cosas. Con las ideas nos encontramos, en las creencias estamos. Las creencias son la vía por la que la sociedad establece la continuidad de sus creaciones, lo cual significa que la vida humana se desarrolla dentro de los límites que establece el pasado: no es la naturaleza la que nos determina a ser de una manera u otra, sino la historia.